



Proyecto Sofía-ensayos de filosofía

Ateneo Pontificio Regina Apostolorum & Autores católico.org & Equipo de prensa y redacción Gama-virtudes y valores

equipogama@arcol.org

EL MISTERIO DE LA FELICIDAD

ANTROPOLOGÍA

William Oswaldo Báez, LC

La felicidad es la búsqueda vital de cada hombre. Todos queremos ser felices pero no sabemos cómo. Este trabajo es una respuesta desde la filosofía tomista. He querido responder a tres preguntas, que son los tres capítulos de este estudio: ¿Qué es la felicidad? ¿Cómo se logra? ¿Cuándo se alcanza? Dada la vastedad del tema, se espera que este análisis sirva de pauta para responder a nuestro interrogante vital.

INTRODUCCIÓN

En la vida de cada hombre existe el deseo de ser feliz, el deseo de realizarse como persona. La felicidad se presenta como la meta a la que todo ser humano aspira. Intuimos la existencia de algo que satisfará nuestros anhelos, pero quizás no tenemos la certeza de lo que es. El hombre, en su interior, anhela una bienaventuranza, es decir, un bien que está por venir, que aún no posee, pero que confía alcanzar.

A menudo el hombre busca la felicidad, pero no siempre la encuentra; así lo atestiguan quienes creen no alcanzarla. Parecería que la felicidad fuese una meta a la cual se puede llegar desde diversos caminos, pero en realidad no es así. Quienes han tenido la experiencia de estar en un desierto cuentan que cuando el cansancio es ingente y la sed desgarradora suelen verse oasis que en realidad son espejismos. Siendo nuestra vida también un camino, trascendental para cada uno, cabe preguntarse cuál es la verdadera senda que me lleva a mi realización, cuál es el verdadero oasis.

Es ése mi cometido. No pretendo otra cosa que acercarme a esta dimensión fundamental del hombre, *espíritu encarnado*, con profundo respeto y admiración. Y me valgo de la sabiduría y la experiencia de Tomás de Aquino, que en sus obras muestra siempre una gran sensibilidad por este tema. He querido adoptar en esta tarea algunos capítulos de la tercera parte de su *Summa Contra Gentiles*¹. Presento una síntesis que busca abrir campo a la reflexión personal. En este breve estudio planteo tres capítulos, tres preguntas: ¿Qué es la felicidad? ¿Cómo se logra? ¿Cuándo se alcanza? No ofreceré respuestas exhaustivas, sino algunas nociones primordiales, que servirán como guías y parámetros evaluativos. Si quisiera dibujar el método que seguiré, bien podría plasmarlo en una espiral, porque la argumentación tiende a ser circular, pero hay una progresión continua.

¹ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles* (Tomás de Aquino, *Suma Contra los Gentiles*), III, c. 1-3; 25-40; 47-48; 63. El título original de la obra es *Liber de Veritate Catholicae Fidei contra errores Infidelium* (Libro sobre la Verdad de la Fe Católica contra los errores de los Infieles), escrita entre 1258 y 1264. Es una obra cristiana que por su carácter apologético, permite su adopción en el horizonte filosófico (*ratio -razón-*) sin temor a confundirlo con el teológico (*fides et ratio -fe y razón-*). Vendrá citada la Edición Leonina. La traducción al español es nuestra; se intentará respetar más el sentido que la literalidad.

I. ¿QUÉ ES LA FELICIDAD?

Nociones de fin, de bien, de determinación y de determinabilidad

Cuando nos preguntamos qué es una cosa (*quid sit*) partimos de la condición de su existencia (*an sit*). Si investigamos qué es la felicidad presuponemos que la felicidad exista. Tomamos esta comprobación de la experiencia humana. Algunos hombres afirman que son felices; otros dicen que no lo son. Sin embargo, nos encontramos ante un dilema filosófico. ¿Conviene primero definir para conocer qué realidades abarca el concepto o conviene primero analizar de qué realidades partimos para dar una definición? Nos sucede lo mismo que cuando se inicia el estudio de la religión o de la cultura.

Tratándose aquí de dar una definición según el pensamiento de Tomás de Aquino, quisiera iniciar con una breve reflexión sobre cuatro conceptos que serán la base para investigar qué es la felicidad, cuál es su esencia. Son los conceptos de fin, de bien, de determinación y de determinabilidad. Los dos primeros los estudia directamente Tomás de Aquino en el segundo y tercer capítulo del libro tercero. Los dos últimos son un acercamiento más contextual que literal a su pensamiento.

El concepto «fin» se dice analógicamente en dos sentidos. Decimos que el fin de una guerra es el tratado de paz; pero decimos que el fin de dicha guerra era la conquista de un territorio. Entonces la noción «fin» se dice en un primer sentido como la meta de alguna acción, como su punto final. En el segundo sentido significa el motivo, la causa intencional que desencadena la acción. Nos interesa abordar el segundo sentido: fin como causa final. La acción en cualquier ente siempre tiende a un fin, se origina en el agente por un motivo. «Omne igitur agens agit propter finem»². Sin embargo, los fines no se yuxtaponen, sino que se jerarquizan. Una cantidad de acciones sin ningún orden se presenta como algo vano. Donde hay pluralidad debe existir jerarquía. Lo mismo

² THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, III, c. 2, n. 1871. (Todo agente, pues, obra por un fin). La traducción es mía.

sucede cuando hablamos de los valores; no todos se presentan con el mismo grado de importancia.

El hombre realiza en su vida muchas acciones destinadas a diversos fines, pero los fines no son compartimientos cerrados que no ofrecen ningún sentido al hombre, sino que son interdependientes. El fin de la compra de un libro es su lectura; el fin de su lectura es su conocimiento; el fin de su conocimiento es la elaboración de un trabajo; el fin del trabajo es la aprobación de una materia, etc. Apreciamos un sentido, una dirección. Pero la conexión no puede ser infinita, de otro modo, las acciones serían indiferentes para el hombre. Existen fines intermedios, pero necesariamente existirá un fin último. Los fines intermedios se buscan por algo mayor. El fin último será aquello más allá de lo cual nada busca el agente. «In omnibus agentibus propter finem, hoc esse ultimum finem dicimus, ultra quid agens non quaerit aliquid»³.

La segunda noción que emplea Tomás de Aquino en el estudio de la felicidad es la noción de «bien». El bien, al igual que el fin, es una noción análoga. Decimos que es buena una manzana sabrosa al gusto; decimos que es bueno un libro que nos ayuda a entender un argumento; decimos que es bueno hacer un acto de solidaridad. Pero, según la semántica ontológica, los sentidos análogos se dicen en referencia al que es primero, como el ente se dice en referencia a la sustancia. Así descubrimos que el bien tiene tres connotaciones: lo deleitable, lo útil y lo honesto. Pero el bien primordial no es el deleitable, que también puede ser un mal; ni el útil, que sólo es un medio; sino el honesto. El bien impulsa, intenciona una acción. La acción siempre se desencadena por un bien querido. «Actus autem omnis habet rationem boni: nam malum non invenitur nisi in potentia deficiente ab actu. Omnis igitur actio est propter bonum»⁴. Entonces, así como toda acción se realiza por un fin, así también se realiza siempre por un bien.

³ THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, III, c. 2, n. 1870. (En todos los agentes que obran por un fin, decimos que el fin último es esto, aquello de lo cual el agente no quiere otra cosa mayor). La traducción es mía.

⁴ THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, III, c. 3, n. 1883. (Todo acto, pues, tiene razón de bien: pues lo malo no se encuentra sino en la potencia que carece de acto. Por tanto, toda acción se realiza por un bien). La traducción es mía.

Conviene indagar todavía una tercera noción, la «determinación». Según parece, estamos irremediamente determinados, pues no elegimos ser felices, pero no podemos dejar de desearlo. La felicidad es un concepto aplicable sólo al hombre en cuanto hombre, o por lo menos, a la sustancia intelectual en general. «Felicitas est quoddam bonum hominis proprium: non enim bruta possunt dici felicia, nisi abusive»⁵. La felicidad sólo existe en los seres intelectuales, porque en ellos existe un fin que se alcanza por la conjunción de la naturaleza y de la libertad. La determinación es algo causado, una propiedad fundamental que debemos a quien nos dio el ser, al Ser Absoluto. Lo contrario no es la determinabilidad, sino la indeterminación. La determinación de nuestra naturaleza a la felicidad no coarta la libertad, sino que le indica el camino que debe recorrer. Obliga, pero no violenta. Obliga, porque sin la ayuda de la libertad la naturaleza no puede realizarse y llegar a su perfección.

Por último, una clarificación sobre la noción de «determinabilidad», es decir, la capacidad de determinarse. A diferencia de todo otro ente natural y material, el hombre tiene una dimensión espiritual esencial, de donde surge la libertad. El ser humano no actúa como lo hacen los animales, movidos por instintos irrefrenables y con una conciencia meramente externa. El hombre es un animal racional, que no está totalmente sujeto por sus propios instintos; por su razón está abierto al absoluto y posee una conciencia del propio yo y del deber de sus acciones humanas. Es un ser que en su obrar se autodetermina, no absolutamente, sino según su propia naturaleza.

A. ¿Un fin determinado?

Hemos visto que el hombre busca fines próximos, pero posee un fin último, que da orientación a todo su obrar. No tener un fin último sería existir vanamente. Pero en la experiencia cotidiana la felicidad se presenta como un fin y, al menos por la motivación psicológica del obrar humano, se presenta como su fin último, como la meta más alta a la que aspira.

⁵ THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, III, c. 27, n. 2096. (La felicidad es un cierto bien propio del hombre: por tanto no puede decirse que los animales sean felices, sino de modo abusivo). La traducción es mía.

Nos preguntamos si la felicidad en un fin determinado, o en qué sentido podemos hablar así. Si la felicidad se toma como causa final podríamos responder que sí, que la felicidad es un fin determinado. Si el fin último fuese indeterminado para el hombre, toda acción le sería indiferente. Pero nuestras acciones o nos ennoblecen o nos embrutecen. La felicidad, además, es el deseo que se basta a sí mismo, que apaga todo otro deseo, porque en él se ha completado toda aspiración. Es una determinación, es decir, un término completo, una meta total.

Existen dos modos de buscar un fin: el modo natural y el modo voluntario. El primero se dice de los seres no inteligentes; el segundo, de los seres dotados de inteligencia. El primero es determinante; el segundo es determinable.

Agens per intellectum agit propter finem sicut determinans sibi finem: agens autem per naturam, liceo agat propter finem, ut probatum est, non tamen determinat sibi finem, cum non cognoscat rationem finis, sed movetur in finem determinatum sibi ab alio⁶.

El hecho de que un fin se busque naturalmente (como en los animales) o mecánicamente (como en los artefactos) no es obra del agente que así opera, sino de una inteligencia exterior que colocó en dicha naturaleza una tendencia. La materia no tiene en sí la potencialidad de darse sentido, se lo da otra causa. Pero el hombre, aunque no elige el deseo de ser feliz, puede elegir el no serlo, o puede elegir medios que realmente no le llevarán a su fin último.

B. ¿Un fin determinable?

El hombre puede elegir porque es un ser libre. «La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar

⁶ THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, III, c. 3, n. 1884. (El agente que obra por inteligencia obra por un fin como determinando dicho fin por sí mismo: por el contrario, el agente que obra por naturaleza, aunque obre por un fin, como se ha probado, sin embargo no determina el fin por sí mismo, puesto que no conoce la razón de fin, sino que es movido a un fin determinado por otro). La traducción es mía.

así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad»⁷.

La felicidad es, en un cierto sentido, un fin determinable porque el hombre es capaz de realizar actos libres, de hacer opciones libres. La dimensión instintiva del hombre no lo lleva necesariamente a su fin último, como sí sucede en los demás entes naturales. La libertad necesita cooperar con la naturaleza humana, necesita descubrir cómo llegar al lugar deseado.

Poseyendo una mayor perfección del ser en relación a todo otro ente material, tiene también una finalidad más noble. Aquí radica la grandeza de la felicidad y su importancia. Es una tarea que ya va impulsada por la naturaleza propia del hombre (su apertura espiritual), pero ante la que el hombre dice «quiero» o «no quiero». La libertad es para el bien, pero cuando el hombre no sigue el juicio de su recta razón su libertad lo inclina al mal. Entonces se busca la felicidad donde sólo existe un espejismo.

Bajo otro punto de vista conviene considerar que la felicidad no es un fin que el hombre se impone y, en este sentido, la felicidad no es un bien determinable. La fenomenología de la frustración lo demuestra. Incluso lógicamente hay una contradicción. Si el hombre se impusiera a sí mismo su fin último, su fin último no sería aquello que se impone, sino el imponerse un fin aparentemente último. De lo contingente no puede derivar lo absoluto. Por ello un ser que no se da el ser a sí mismo, tampoco puede darse su naturaleza y su destino final. Y éste es el caso del hombre.

C. ¿Un bien determinado?

Un segundo acercamiento a la esencia de la felicidad lo podemos realizar bajo la prospectiva del bien. Fin y bien son términos estrechamente relacionados en el pensamiento de Tomás de Aquino, pero no significan exactamente lo mismo. El fin se

⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1731.

busca como un bien para quien lo busca. Es el bien la condición de que se elija algo como un fin, pero no es el fin la condición de que algo sea un bien.

La felicidad es un bien para el hombre en cuanto hombre. Al poseer una naturaleza racional está abierto al horizonte del bien. Tiende no sólo a los bienes relativos, sino al Bien Absoluto. En este sentido la felicidad es un bien determinado en su naturaleza.

Pero el hombre no crea la felicidad, como no crea ni el ser ni la verdad ni el bien. A veces entiende las cosas que no son reales o no son verdaderas o no son buenas, bajo aspectos de realidad, verdad o bondad. Así sucede que el hombre puede desear cosas que proporcionan infelicidad como apetecibles, pero si lo hace es bajo el aspecto de felicidad, *sub specie boni* (bajo el aspecto de bien). Por ello, la felicidad no es un bien determinado por el hombre, porque no depende del hombre el punto donde encontrarla, pero sí el esfuerzo para hallarla.

Felicitas autem est finis humanae speciei: cum omnes homines ipsam naturaliter desiderent. Felicitas igitur est quoddam commune bonum possibile provenire omnibus hominibus, nisi accidat aliquibus impedimentum quo sint orbat⁸.

La felicidad es un bien determinado para el hombre. «El bien es aquello hacia lo que todas las cosas tienden»⁹, es una apetencia que depende de la naturaleza, que a su vez no depende del individuo. Por ello, diremos que la felicidad es un bien determinado, pero también determinable, como veremos a continuación.

D. ¿Un bien determinable?

Hay autores que trivializan la noción de felicidad porque la consideran como la consecuencia de un estado de perfección y no como el mismo estado. En cierto modo

⁸ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 39, n. 2168. (La felicidad, pues, es el fin de la especie humana: ya que todos los hombres la desean por naturaleza. Por tanto la felicidad es un cierto bien al que pueden acceder todos los hombres, a condición de que no aparezca algún impedimento por el cual algunos sean obstaculizados). La traducción es mía.

⁹ ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*, I, 1, 1094a, 3; traducción de Julio Pallí Bonet, Gredos, Madrid, 2003.

tienen razón, ya que la cultura actual emplea esta connotación del término «felicidad». Pero en la filosofía clásica y medieval la felicidad se identifica con esa propia perfección. Cuando se realiza un acto moralmente bueno se experimenta un sentimiento de satisfacción; en este caso el acto produce un sentimiento; pero acto y sentimiento producido no son la misma realidad. La felicidad puede pensarse como el sentimiento supremo derivado de la perfecta realización personal, pero no es éste el sentido empleado en el presente estudio. Según Tomás de Aquino la felicidad es la beatitud, es decir, el mismo estado de perfección total.

Quaedam namque sic a Deo producta sunt ut, intellectum habentia, eius similitudinem gerant et imaginem repraesentent: unde et ipsa non solum sunt directa, sed et seipsa dirigentia secundum proprias actiones in debitum finem. Quae si in sua directione divino subdantur regimini, ad ultimum finem consequendum ex divino regimine admittuntur; repelluntur autem si secus in sua directione processerint¹⁰.

Como conclusión de este primer apartado, podríamos decir que la felicidad es el bien último del hombre, que por lo tanto constituye su fin último. La felicidad no es un fin natural como cualquier otro, como lo podría ser el fin de un animal bruto. Es algo propio del hombre, porque posee una dimensión espiritual que trasciende la materialidad esencial de su ser, y se abre al horizonte del ser, y por tanto al horizonte del bien. La felicidad es una meta que la naturaleza ha impuesto al hombre, pero que no alcanzará sin la ayuda de su libertad, es decir, sin el ejercicio de su intelecto y su voluntad.

II. ¿CÓMO SE LOGRA LA FELICIDAD?

Dimensiones esenciales y facultades espirituales del hombre

¹⁰ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 1, n. 1865. (Algunos seres son creados inteligentes por Dios de tal modo que lleven y representen su imagen y semejanza: por lo cual dichos seres no solamente son dirigidos, sino que también se dirigen a sí mismos hacia un fin debido según sus propias acciones. Dichos seres serán admitidos a la consecución de su fin último si se someten al régimen divino en su dirección; pero serán repelidos si procedieran según su propia dirección). La traducción es mía.

Ya nos hemos acercado a la esencia de la felicidad o beatitud. Sabiendo a dónde queremos llegar podemos plantearnos qué sendero seguir. ¿Todos los caminos conducen a la felicidad? ¿Qué camino es el más certero? ¿Qué nos dice la experiencia y la reflexión filosófica?

La felicidad se nos presenta como el fin y el bien último del hombre, que es a la vez determinado y determinable. Sin embargo, debemos conocer al hombre para dar una respuesta al problema de cómo logra su felicidad. Por ello, quiero comenzar este capítulo haciendo mención de las dimensiones esenciales y las facultades espirituales del hombre.

El hombre es un ser que se encuentra en el horizonte de dos dimensiones ontológicas, entre el mundo material y el mundo espiritual. De esto nos dan testimonio sus actividades corporales y sus actividades espirituales. Al hablar de dimensiones, quiero prevenir del error de considerar al hombre como un ser dual en el que materia y espíritu se contraponen. El ser humano es unitario, es una unidad en dos dimensiones inseparables. En primer lugar, el hombre posee un cuerpo que sigue las reglas de la naturaleza material, pero es un cuerpo animado, no por un alma vegetativa o sensitiva, sino por un alma racional. Su forma es a la vez alma (como en los demás seres vivos) y espíritu (de donde se deduce su apertura al ser).

Teniendo dos dimensiones en un mismo ser, una debe comportarse como prioritaria. Decimos que la materia es inferior al espíritu porque la materia se mueve en el plano de lo concreto, lo particular y lo contingente; mientras que el espíritu se mueve en el plano de lo abstracto, lo universal y lo absoluto. La materia no tiene conciencia de sí misma, pero sí el espíritu, que por ello puede ordenar la materia a determinados fines. Lo material se ordena a lo espiritual.

Que el hombre posee dos dimensiones nos lo demuestran sus actos. Por ejemplo, la nutrición es una actividad que compete a la materia (aunque viva y animada), el conocimiento universal es una actividad que compete al espíritu (aunque extrínsecamente dependiente de la materia). En la dimensión espiritual existen dos

facultades distintas. Lo comprobamos también en sus operaciones. No es lo mismo conocer que desear. Yo conozco muchas cosas, pero no todas las deseo. Pero todo lo que deseo primero es conocido. Se presentan dos facultades espirituales en el hombre. El intelecto, que está intencionado a la verdad; y la voluntad, que está intencionada al bien. Teniendo delante una diversidad de facultades espirituales, nos plantearémos más adelante la cuestión de la prioridad entre ellas; cuestión que también trató Tomás de Aquino.

A. ¿Con acciones sensibles?

Dando un repaso a la historia de la filosofía se constata cómo han existido pensadores y doctrinas que claramente sistematizan todo su saber en vistas de una moral de la felicidad. Es lo que conocemos con el nombre de eudemonismo (del gr. *eudaimonía*, felicidad). Una de estas doctrinas es el hedonismo o eudemonismo sensible, que cree que la felicidad está en la satisfacción (aunque moderada) de la sensibilidad. Esta tesis la encontramos desde la Antigüedad en la escuela cirenaica y en la doctrina de Epicuro.

Tomás de Aquino, contrariamente a la posición hedonista, afirma que la felicidad no consiste ni en los deleites corporales, ni en los honores, ni en las glorias mundanas, ni en la riqueza, ni en el poder mundano, ni en los bienes del cuerpo, ni radica en la parte sensitiva¹¹. El placer no es el fin natural del ente sensible, sino una consecuencia, un efecto colateral de su operación; así el placer producido por la nutrición o la reproducción. Pero estas operaciones no constituyen el fin último, pues la nutrición se ordena a la conservación del individuo y la reproducción a la conservación de la especie.

En el hombre la operación del apetito sensible (concupiscencia) es inferior a la operación del apetito intelectual (voluntad), por lo tanto lo que no está hecho para lo perfecto no puede darnos la perfección. El fin último es lo óptimo y lo óptimo en el

¹¹ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 27-33.

hombre es la razón, no los sentidos. Por ello, el hombre que se sumerge en lo sensible más se aparta de lo inteligible. La antropología enseña que la dimensión sensible en el hombre se ordena a la conservación de la vida y de la especie y a la preparación de la acción espiritual. «Sensus diliguntur propter utilitatem, et propter cognitionem»¹². La concupiscencia no es fin, sino medio.

Además, tomando en consideración las otras tesis sobre de la felicidad (hombres, gloria, riquezas, poder, bienes del cuerpo, etc.) debemos refutarlos porque siempre se presentan no como el fin último, sino como fin próximo que a su vez es medio para alcanzar otro bien. La felicidad no consiste en los honores, porque los honores son operaciones ajenas, no propias, y se buscan para alcanzar aceptación; además el honor no siempre procede del bien (los malos también son honrados), mientras que la felicidad siempre procede del bien. La felicidad no consiste en la gloria mundana, pues conocer es más noble que ser conocido, además la gloria es incierta y mutable, mientras que la felicidad es cierta y estable. La felicidad no consiste en las riquezas, porque las riquezas están ordenadas al hombre y el hombre a la felicidad; además, las riquezas dependen de la fortuna, mientras que la felicidad depende de la razón. Tampoco consiste en el poder, porque el poder es una potencia para algo, mientras que la felicidad es el acto de una potencia. Tomás de Aquino retoma estas ideas de Aristóteles.

B. ¿Con acciones espirituales?

Lo que hará más perfecto al hombre será lo que satisfaga mejor su dimensión más perfecta, aquello que le conduzca no a cualquier fin, sino a su fin último. Lo espiritual es más perfecto que lo material, porque lo espiritual es capaz de ordenar, de dar sentido, de expresar lo que la materia por sus propias fuerzas es incapaz de comunicar. Por ello, en el hombre lo que verdaderamente puede conducirle a la felicidad es el ejercicio de las facultades espirituales.

¹² THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 33, n. 2137. (El sentido se quiere por una utilidad y por el conocimiento). La traducción es mía.

«Intellectus est melior sensu. Bonum igitur intellectus est melius quam bonum sensus»¹³. La dimensión corporal es un medio que el hombre tiene para llegar a su fin y bien último, que se encontrará en la dimensión espiritual. Todo ser contingente busca realizarse a través de la acción. Por tanto, el camino para llegar a la felicidad pasa a través de una acción o, al menos, a través de un tipo de acción. Y si en el hombre encontramos diversos tipos de acciones, desde la locomoción hasta la abstracción, ¿cuál acción le concede su plena realización?

Así como en la historia ha surgido un eudemonismo sensitivo, así también se ha dado el eudemonismo racional. En la época helenística lo representan la escuela cínica y la escuela estoica. Descartes y Spinoza afirmarán, en la época moderna, que la filosofía debe conducirnos a la felicidad, culmine de toda la sabiduría humana. La felicidad se reduciría al acto de virtud moral o al acto de prudencia. Pero Tomás de Aquino vuelve a corregir estas posiciones mostrando que caen en el mismo error. La moral no es el fin último del hombre. Ciertamente se constituye en la dimensión espiritual, pero no es su fin último¹⁴.

C. ¿Con acciones de la voluntad?

Si ya un acto por sí mismo tiene noción de bien¹⁵, será mayor el bien cuando los actos sean de mayor trascendencia, como son los actos espirituales. En el hombre constatamos dos actos espirituales: el conocimiento intelectual (abierto a la verdad del ser) y el apetito intelectual (abierto a la bondad del ser). En el ejercicio de estos actos se encuentra la realización del hombre en cuanto hombre. Pero aún no hemos resuelto la primacía entre las dos facultades espirituales. Tomás de Aquino, siguiendo la tradición aristotélica, habla de que el ejercicio más noble es el que persiga el objeto más noble. De hecho, Aristóteles afirmaba que el hombre alcanza su perfección en la contemplación de Dios, que es el inteligible supremo.

¹³ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 33, n. 2135. (El intelecto es más noble que el sentido. Por tanto el bien del intelecto es mejor que el bien del sentido). La traducción es mía.

¹⁴ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 34 - 35.

¹⁵ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 2, n. 1883.

Quia vero intellectualis substantia sua operatione pertingit ad Deum non solum intelligendo, sed etiam per actum voluntatis, desiderando et amando ipsum et in ipso delectationem habendo, potest alicui videri quod ultimus finis, et ultima hominis felicitas, non sit in cognoscendo Deum, sed magis in amando, vel aliquo actu voluntatis se habendo ad ipsum¹⁶.

Parecería que la voluntad es la facultad capaz de alcanzar la felicidad. Pero aquí se da una contradicción antropológica. La voluntad, aunque es de orden espiritual, es un apetito. Y el apetito se genera cuando existe un objeto al que se tiende, que presenta el intelecto. La voluntad se ordena al intelecto, pero el intelecto no se ordena a la voluntad. «Voluntas igitur, secundum quid est appetitus, non est proprium intellectualis naturae: sed solum secundum quid ab intellectu dependet»¹⁷.

D. ¿Con acciones de la inteligencia?

La felicidad no consiste en un acto de la voluntad, según se ha mostrado¹⁸. La felicidad, que es la realización plena de la naturaleza humana, su máxima perfección, debe dirigirse a la facultad más noble en el hombre. Según Tomás de Aquino, el intelecto *per se* es más perfecto que la voluntad, porque su acción y su objeto es más simple (verdad y bien conocido); pero la voluntad *secundum quid* puede ser más perfecta que el intelecto, porque el objeto de la voluntad puede ser más digno que el objeto del conocimiento (como cuando no sólo conocemos a Dios sino que también lo amamos)¹⁹.

¹⁶ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 36, n. 2071. (Puesto que la substancia intelectual alcanza a Dios no sólo entendiéndolo, sino también por un acto de la voluntad, deseándolo y amándolo y poniendo su gozo en él, alguno podría considerar que el fin último y la felicidad última del hombre, no esté en el conocimiento de Dios, sino más bien en el amor a él o en tener algún acto de la voluntad hacia él). La traducción es mía.

¹⁷ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 36, n. 2078. (La voluntad, por tanto, no es propia de la naturaleza intelectual en cuanto que es un apetito, sino en cuanto que depende del intelecto). La traducción es mía.

¹⁸ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 26.

¹⁹ Cf. THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, I, c. 82, a. 3, c. (Tomás de Aquino, *Suma de Teología*).

La contemplación es algo propio del hombre y no es un medio, sino un fin, porque se busca la verdad por la verdad. «Cum contemplatio veritatis propter seipsam quaeretur»²⁰. La contemplación asemeja el hombre a Dios, que es el Ser Superior, porque en ella realizamos una actividad espiritual inmanente autoperfeccionante. La contemplación es la única actividad humana que está también presente en Dios y en las sustancias separadas. Además la contemplación es la actividad más sencilla para el hombre, porque es la que tiene menos necesidad de auxilios exteriores.

Siendo la contemplación la operación más perfecta en el hombre, entre estas operaciones tendrá la primacía aquella que tenga por objeto la realidad más perfecta. Y como el ente inteligible y real más perfecto es Dios, entonces la felicidad consiste en la contemplación de Dios. Conocer algo es saber que es imposible que se dé lo contrario. El fin último del hombre no es la contemplación de los primeros principios (que sólo son punto de partida), ni la ciencia de las cosas ínfimas (que sirven para conocer proporcionalmente lo superior), sino la contemplación de la sabiduría según la consideración divina.

III. ¿CUÁNDO SE ALCANZA LA FELICIDAD?

El conocimiento humano y la esencia de Dios

En el primer capítulo hemos definido la felicidad como el fin último del hombre y como su bien último. La felicidad, según se ha mostrado, es propia del hombre por su misma naturaleza. En el segundo capítulo se ha mostrado cómo alcanza el ser humano su felicidad. Siendo el hombre una única sustancia con dos dimensiones, material y espiritual, buscará su fin último en la acción más perfecta. Sabemos que la dimensión espiritual es más perfecta y más noble. Continuando la investigación nos hemos preguntado cuál de las dos facultades espirituales en el hombre tiene la primacía. Ayudados de Tomás de Aquino hemos respondido que la primacía *per se* (por sí misma)

²⁰ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 37, n. 2154. (La contemplación de la verdad se busca por sí misma). La traducción es mía.

la posee el intelecto, aunque la voluntad puede tener una primacía *secundum quid* (según el punto de vista).

Al ser el conocimiento, el acto más propio del hombre, el conocimiento más perfecto será el que proporcione la felicidad al hombre en cuanto hombre. El conocimiento se puede medir según su objeto. En este caso no se puede medir según el sujeto, pues siempre será el mismo, el hombre. Tampoco se puede medir según la forma, que será, al menos en el estado presente, el conocimiento racional. Con Tomás de Aquino hemos respondido que el inteligible más noble y excelso es Dios, la causa de la inteligibilidad y del ser de todos los entes.

Ahora bien, ya sabemos qué es la felicidad en una visión sintética y sabemos cómo se alcanza. Ahora nos preguntamos el cuándo. ¿Cuándo alcanza el hombre la felicidad? La experiencia humana nos habla de muchas insatisfacciones y de muchos deseos aún no conquistados. La felicidad está en el conocimiento de Dios, pero nos damos cuenta que no todos los seres humanos conocen a Dios de la misma manera y en el mismo grado. Incluso, quienes creen conocerlo más, albergan la esperanza de conocerlo totalmente en una bienaventuranza, es decir, es un *después* que vendrá como bien último. Para resolver esta cuestión quisiera introducir unas indicaciones sobre el conocimiento humano y otras sobre la esencia de Dios.

En primer lugar, debemos tener en cuenta que el hombre conoce muchas cosas y de diversas maneras. Podríamos decir que la inteligencia delante de la verdad posee diversos estados. Existen dos estados primordiales ante la verdad: la adhesión y la defección. Nos interesa ahora analizar el estado de adhesión y dejar de lado la defección (la ignorancia y el error), ya que nuestro fin es alcanzar la felicidad, es decir, conocer a Dios, adhiriéndonos a esta verdad. El estado de adhesión puede estar en potencia o en acto. No nos interesa aquí el estado de adhesión en potencia (disposición a la verdad o apertura al inteligible), sino la adhesión en acto. El estado de adhesión en acto puede ser en acto imperfecto (en camino hacia la verdad) o en acto perfecto (posesión de la verdad). En el primero encontramos, gradualmente, la duda, la sospecha y la opinión. En el segundo encontramos la fe (por evidencia extrínseca) o la certeza (por evidencia

intrínseca). A su vez la certeza, que es el estado más perfecto de la mente en orden a la verdad, puede ser mediata o inmediata. En el primer caso tenemos la ciencia (demostración) y en el segundo la visión.

Un segundo recorrido previo a la discusión de este tercer capítulo es el análisis del inteligible más perfecto: Dios. Conocer es, principalmente, abstraer la esencia de un ente, saber su necesidad ontológica. Conocemos cuando podemos decir «esto es así y no puede ser de otro modo». En el estado presente, el objeto formal del conocimiento humano es la *quidditas rei materialis*, la esencia de la realidad material. «Primum autem quod intelligitur a nobis secundum statum praesentis vitae, est quidditas rei materialis, quae est nostri intellectus obiectum, ut multoties supra dictum est»²¹. Pero Dios no es material. Entonces, parece vislumbrarse una contradicción. Nuestra naturaleza tiende a Dios, pero nuestra misma naturaleza nos impide conocerlo tal como es. Pero la contradicción no existe. Nuestra razón, dependiendo extrínsecamente de los sentidos y de la materia conoce la esencia de los entes materiales, pero conoce intelectualmente que tales entes son contingentes, que no son necesarios y, por tanto, son efectos de alguna otra causa.

Naturaliter inest omnibus hominibus desiderium cognoscendi causas eorum quae videntur: unde propter admirationem eorum quae videbantur, quorum causae latebant, homines primo philosophari coeperunt, invenientes autem causam quiescebant. [...] Desiderat igitur homo naturaliter cognoscere primam causam quasi ultimam finem. Prima autem omnium causa Deus est²².

Tendemos al conocimiento perfecto de Dios, a la certeza de la esencia divina, pero no podemos alcanzarla en el estado presente por la debilidad de nuestra razón. Entonces, o el hombre nunca podrá alcanzar la felicidad o se abre un campo de

²¹ THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, I, c. 88, a.3, c. (Por tanto, lo primero que es conocido por nosotros en el presente estado de vida, es la esencia de la cosa material, que es el objeto de nuestro intelecto, como se ha dicho repetidas veces anteriormente). La traducción es mía.

²² THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 25, n. 2065. (En todos los hombres se encuentra por naturaleza el deseo de conocer las causas de las cosas que ve: por esto, por la admiración de las cosas que veían, de las que estaban ocultas sus causas, empezaron los hombres a filosofar por primera vez, y descansaban encontrando la causa... Por tanto el hombre desea por naturaleza conocer la causa primera casi como su fin último. Y la causa primera de todas las cosas es Dios). La traducción es mía.

esperanza al más allá. He aquí otra vía para hablar de la inmortalidad del hombre (al menos de la inmortalidad del alma) y del más allá.

Ahora nos detendremos a analizar cuándo se alcanza la felicidad, en otras palabras, en qué estado del hombre con relación a la verdad de Dios, el ser humano conoce plenamente su mayor inteligible.

A. ¿Cuándo conocemos a Dios según la opinión?

Un primer conocimiento de Dios es el que tenemos por la opinión. Como se mencionó anteriormente, la opinión es un estado de adhesión en acto imperfecto del hombre a la verdad. Tomás de Aquino se pregunta si este tipo de conocimiento basta para ser feliz y es clara su respuesta.

Normalmente el hombre posee muchos conocimientos que adquiere a través de la opinión. Y aquí opinión no tiene el matiz despectivo de un mero parecer individualista, sino la faceta de un conocimiento del cual no se tiene visión o ciencia directa, pero que me ha sido comunicado por otro que sí puede tenerla. Entre las personas existen muchas opiniones, y las relativas a Dios no son pocas. Pero este tipo de conocimiento presenta las cosas con cierta confusión, al menos aquellas de las que no tenemos una evidencia cierta inmediata, como puede ser la esencia de Dios.

Est enim quaedam communis et confusa Dei cognitio, quae quasi omnibus hominibus adest: sive hoc sit per hoc quod Deum esse sit per se notum, sicut alia demonstrationis principia, sicut quibusdam videtur, ut in primo libro dictum est; sive, quod magis verum videtur, quia naturali ratione statim homo in aliqualem Dei cognitionem pervenire potest²³.

²³ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 38, n. 2161. (Existe, pues, un conocimiento confuso y común de Dios, que está presente en casi todos los hombres: y esto se da o porque Dios es conocido por sí mismo, como los otros principios de la demostración, según se ha dicho en el primer libro; o se da porque, y esto parece ser más verdadero, en el estado presente el hombre puede llegar a tener un cierto conocimiento de Dios por su naturaleza racional). La traducción es mía.

La esencia de Dios es cognoscible per se, en cuanto él es el mayor inteligible y el más evidente, pues todo ser en acto es cognoscible, y Dios es acto puro. Pero supera nuestra capacidad intelectual. Por lo tanto la opinión, que ya de por sí es un conocimiento confuso y no conquistado personalmente sino a través de otro, admite muchos errores y no puede ser el más perfecto.

Ciertamente, este primer acercamiento a Dios es fundamental, al menos desde el punto de vista fenomenológico, ya que muestra cómo nuestra naturaleza tiende a Dios. Además muestra cómo la razón es capaz de conquistas mayores, pues puede pasar del efecto a la causa, de lo contingente a lo necesario. El hombre busca las causas inmediatas y busca también la causa última, por ello puede conocer a Dios. Sin embargo, aunque nuestra razón tiene una gran actualidad, esconde, por otra parte, aún mucha potencialidad.

En el estado presente el hombre puede conocer la existencia de su objeto más noble. El hombre sabe que Dios existe, si parte desde los efectos de su acción creadora. Por ejemplo, quien conoce el eclipse de sol piensa que está producido por una causa, se admira de ella porque no sabe qué es, y porque se admira, investiga; y esta investigación no cesa hasta que llegue a conocer la esencia de la causa.

B. ¿Cuándo conocemos a Dios según la demostración?

Podemos buscar el conocimiento perfecto de Dios en la ciencia que de él podemos realizar. La demostración es un estado eminente de la mente en relación con la verdad, pero no es el más perfecto y, por ello, no puede dar plena satisfacción al deseo humano de felicidad. La demostración es un conocimiento científico en el sentido amplio del término, pero sólo puede dar certezas en aquello para lo cual se adecúa en el presente estado de vida: la esencia de la realidad material. Por lo tanto, no es éste el conocimiento que puede darnos la mayor certeza de Dios.

Otro de los argumento que puede emplearse es el argumento de la finalidad de la especie. La experiencia nos enseña que pocos hombres han llegado a conocer a Dios especulativamente, y sin ahorrarse todas las fatigas intelectuales de la demostración.

Ad praedictam autem cognitionem de Deo habendam per viam demonstrationis pauci perveniunt, propter impedimenta huius cognitionis, quae in principio Libri tetigimus. Non est igitur talis Dei cognitio essentialiter ipsa humana felicitas²⁴.

Además la demostración no sacia completamente el conocimiento de Dios. Algo permanece en potencia. A la felicidad no puede añadirse algo que esté en potencia a otro acto. De lo contrario tenderíamos al infinito.

Sin embargo, por demostración podemos llegar a un conocimiento más elevado de Dios que el de la pura opinión. Por demostración podemos decir que Dios es inmóvil, que es eterno, que es incorpóreo, simple y uno. Incluso, la demostración abre el sendero al conocimiento negativo que, a su vez, nos conduce al conocimiento de la esencia. Por la vía negativa sabemos que Dios no es móvil, no es temporal, ni corpóreo, ni compuesto, ni múltiple.

«Felicitas omnem miseriam excludit: nemo enim simul miser et felix esse potest. Deceptio autem et error magna pars miseriae est: hoc est enim quod omnes naturaliter fugiunt»²⁵. La demostración es una operación que también está sujeta a muchos errores, a muchas miserias, pero la felicidad no puede aceptar el error, porque sería aceptar su contradictorio. Además por la vía de demostración no cesa el deseo, ya que la demostración no agota la esencia de Dios. Pues aquellos grandes filósofos que han logrado formarse una basta idea de Dios a través de la demostración, siguen deseando conocer aquello que aún les queda velado y, por ello, la presencia del deseo excluye la presencia de la felicidad.

²⁴ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 39, n. 2168. (A este susodicho conocimiento de Dios por la vía de la demostración pocos han llegado, a causa de los impedimentos de este tipo de conocimiento, que referimos al inicio del Libro. Por tanto, la felicidad humana no consiste esencialmente en este tipo de conocimiento de Dios). La traducción es mía.

²⁵ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 39, n. 2170. (La felicidad excluye toda miseria: ninguno, pues, puede ser al mismo tiempo feliz y miserable. La mayor parte de la miseria consiste en la decepción y en el error: esto es precisamente de lo que todos huyen por naturaleza). La traducción es mía.

C. ¿Cuándo conocemos a Dios según la fe?

En una filosofía realista existe la posibilidad de una ayuda superior para que el hombre pueda conocer aquello que no alcanza por sus propias fuerzas. En este sentido la filosofía de Tomás de Aquino está abierta a la Revelación divina. Esta posibilidad no atenta contra la razón, porque la razón misma puede entender que es limitada y que para alcanzar su fin último necesita una ayuda superior. Por otra parte, la inteligibilidad de las cosas es causada por un ente superior que, a su vez, debe ser el inteligible supremo.

Teniendo en cuenta esta apertura de la razón a la fe, podríamos preguntarnos si la felicidad consiste en el conocimiento que el hombre tiene de Dios a través de la fe. De este modo recibiría una ayuda superior para poner en acto lo que por sí mismo conserva sólo en potencia. El conocimiento por la fe sería, por tanto, superior al conocimiento por mera opinión y al conocimiento por demostración.

Pero encontramos una objeción fuerte. La naturaleza misma de la fe se dirige a la voluntad principalmente y no tanto al intelecto. El intelecto conoce la racionalidad de la fe, pero es la voluntad quien la acoge. Y como hemos mencionado en el capítulo anterior, la felicidad no puede consistir en un acto de la voluntad, ya que la voluntad está subordinada al intelecto y no al contrario.

In cognitione autem fidei principalitatem habet voluntas: intellectus enim assentit per fidem his quae sibi proponuntur, quia vult, non autem ex ipsa veritatis evidētia necessario tractus. No est igitur in hac cognitione ultima hominis felicitas²⁶.

Además de lo ya expuesto, queda otra conclusión por referir. La fe no sacia el deseo del intelecto, sino que lo enciende. La fe es una virtud tan especial que nos hace asentir verdades que no vemos, pero que no permanecerán ocultas por siempre. Quien

²⁶ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 40, n. 2176. (En el conocimiento de fe interviene principalmente la voluntad: el intelecto asiente por fe aquellas cosas que se le proponen, y las quiere, aunque no por la evidencia misma de la verdad extraída de lo necesario. Por tanto la felicidad última del hombre no consiste en este tipo de conocimiento). La traducción es mía.

crea algún día espera ver aquello que cree. De lo contrario, la fe sería una futilidad y el conocimiento de este tipo una falacia. Y esa espera pone en evidencia otro elemento de la limitación de la fe y es la ausencia de aquello que deseamos. La fe es de los bienes que están ausentes. La felicidad es de los bienes que están presentes.

D. ¿Cuándo conocemos a Dios según su esencia?

Nos queda por examinar en último lugar el conocimiento de Dios por esencia, aquello que podríamos llamar «la visión de Dios». Si la felicidad humana no consiste en el conocimiento de Dios que tenemos por opinión, ni en el que tenemos por demostración, ni en el que tenemos por fe, entonces, o nuestro deseo realmente resulta ser contradictorio o tenemos que poner el estado de verdadera felicidad en el más allá de la vida presente, en un después bienaventurado.

Cum autem impossibile sit naturale desiderium esse inane, quid quidem esset si non esset possibile pervenire ad divinam substantiam intelligendam, quod naturaliter omnes mentes desiderant; necesse est dicere quod possibile sit substantiam Dei videri per intellectum, et a substantiis intellectualibus separatis, et ab animabus nostris²⁷.

En una antropología realista el hombre se presenta como un *esse viator* (ser viajero), como un ciudadano de otro mundo, porque en el peregrinar de sus días no encuentra la plena satisfacción. El hombre es inmortal en su espíritu, porque lo que es simple no puede morir. Por ello, la esperanza que en la materialidad no se cumple, podemos aplazarla para otro estado de nuestra existencia. Este estado de vida es inquieto, mientras que la felicidad debe ser el reposo.

In vita autem ista non est aliqua certa stabilitas: cuilibet enim, quantumcumque felix dicatur, possibile est infirmitates et infortunia accidere, quibus impeditur ab

²⁷ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 51, n. 2284. (Dado que es imposible que un deseo natural sea vano, y así sería si no fuera posible entender la divina substancia, que es lo que todas las mentes desean por naturaleza; es necesario decir que es posible ver la substancia de Dios por el intelecto, tanto a las substancias intelectuales separadas, como a nuestras almas). La traducción es mía.

operatione, quaecumque sit illa, in qua ponitur felicitas. Non est igitur possibile in hac vita esse ultimam hominis felicitatem²⁸.

La felicidad es el conocimiento perfecto de la Verdad Primera. El hombre, por su naturaleza intelectual, ha ido deseando la verdad y ha ido pasando de estadio en estadio por los lugares que le ha ofrecido su vida presente, pero sólo en aquella visión bienaventurada de la esencia de Dios se consumará todo el deseo para el cual fue creado. Entonces el hombre conocerá quién es su Causa Primera y quién es su Fin Último.

CONCLUSIÓN

El objetivo que se proponía este trabajo no está completamente realizado. Las condiciones no lo permitían. Sin embargo, creo que se ha puesto de relieve la impresionante coherencia de la filosofía de Tomás de Aquino y su vastísimo alcance. Es cierto que partía de un libro de apologética cristiana, pero todo el discurso y los principios han sido perfectamente racionales, cuidadosamente razonados. Aquí se deja ver también el armonioso equilibrio que Tomás de Aquino logró entre la fe y la razón.

El tema de la felicidad es un tema muy controvertido, a veces muy manoseado. La ciencia, la filosofía y la religión intentan dar una respuesta. Todo hombre intenta dar una solución a este problema, porque en ello nos jugamos la propia existencia. Pero encontrarla no es tan fácil, sobre todo cuando la razón está tan ofuscada por tantos prejuicios y tantas trabas.

Hemos mencionado en parte el aspecto de la libertad. Es admirable la multiplicidad de formas que en la realidad humana tiene el binomio naturaleza-libertad.

²⁸ THOMAS AQUINATIS, *Suma Contra Gentiles*, III, c. 48, n. 2248. (En esta vida ciertamente no existe una cierta estabilidad: pues, aunque alguno se diga feliz, está expuesto a la enfermedad y a la infortuna, por las cuales se ve impedido de su operación, cualquiera que sea, en la que ha puesto la felicidad. Por tanto no es posible en esta vida poseer la felicidad última). La traducción es mía.

La moral y la felicidad son una prueba de ello. No elegimos ser felices, pero no podemos dejar de deseárselo y de buscarlo. Por ello, a veces los hombres toman caminos tan desvariados. Su libertad juega un papel decisivo en la razón de ser de su propia vida: alcanzar su fin y bien último. No he propuesto un eudemonismo como una visión antropocéntrica de la realidad, sino precisamente una visión realista del hombre, cuya naturaleza es potencialmente infinita, está abierta al absoluto.

Este trabajo ha sido una invitación a la sana filosofía, a saber explotar toda la potencialidad de la razón y a ser, también, sinceros con los límites que posee. En las últimas décadas se ha intentado divorciar la felicidad de la racionalidad y las consecuencias ya se han dejado sentir. Nuestra existencia tiene un sentido y la felicidad es la plenitud de quien lo ha alcanzado.

BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*, traducción española de Julio Pallí Bonet, Gredos, Madrid 2003.

Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 1993.

THOMAS AQUINATIS, *Summa Contra Gentiles*, Marietti, Roma 1961.

_____, *Summa Theologiae*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1951.